

JOSÉ LUIS DÍEZ MORENO, *Historia del ecumenismo en España*, S. Pablo, Madrid 2008, 590 pp.

El autor de este libro se ocupa de un capítulo importante de la historia de la Iglesia de España en la segunda mitad del siglo XX en una de sus facetas menos estudiadas y conocidas: el despertar del movimiento ecuménico. El libro se presenta de sumo interés por las razones que iremos describiendo. En primer lugar, porque el autor, al contar el desarrollo del ecumenismo en España, cuenta a la vez su propia vida. Por lo que en esta obra no se narran fríamente hechos del pasado, sino retazos de una vida comprometida hasta el fondo con la causa de la unidad de los cristianos. Lo que se encuentra el lector a lo largo de casi todo el libro es una narración histórica en primera persona, pues de la mayoría de los hechos relatados el autor ha sido protagonista en vivo y en directo.

En segundo lugar, la obra es valiosa porque es el fruto de muchos años de investigación y consulta directa de las fuentes. Consulta de archivos en las diversas Iglesias, consulta de obras de historia escrita del ecumenismo en nuestra nación, ordenación de su rico archivo particular, en el que conserva por escrito toda clase de documentos y de encuentros a lo largo de cuarenta años, entrevistas a los propios protagonistas. Todo un arsenal de datos y de acontecimientos que ciertamente no debía quedar en la penumbra de los armarios o de los recuerdos íntimos, sino que, saliendo a la luz pública, puede dar todo su fruto y animar a los más jóvenes a que trabajen en la ruta que marcaron los pioneros del ecumenismo, hoy muchos de ellos desaparecidos.

El volumen es extenso, consta de trece capítulos. En el primero se narran los hechos del comienzo, cuando a mitad del siglo XX los influjos del centro de Europa se dejaban sentir de forma muy tímida en España y cuando la situación política así como el paisaje eclesiástico era de notable cerrazón y desconfianza hacia lo que no era parte de la más rancia tradición católica. Por otra parte, eran tiempos en

que las heridas de los protestantes españoles todavía sangraban, por ser Iglesias prohibidas, vigiladas y a veces asaltadas y desposeídas de sus bienes. Interesante capítulo que nos muestra, por contraste, la mentalidad de confrontación que existía en nuestras Iglesias, y por eso mismo la valentía de los hombres de ambas partes que se atrevían a abrir caminos nuevos de amistad, conocimiento y colaboración.

El segundo capítulo se ocupa de la historia del protestantismo español, remontándose hasta mediados del siglo XIX, momento en que las ideas republicanas reclamaban la libertad religiosa y se permitió la fundación y establecimiento de Iglesias evangélicas importadas de países europeos limítrofes, pero que van a arraigar de forma modesta en nuestro suelo, poco habituado a una variedad confesional. El autor muestra erudición y capacidad de síntesis, añadiendo sabrosos comentarios que salpican la narración de humor y de anécdotas muy significativas. El cuarto capítulo sigue el estilo histórico, pero ya en el periodo del final del Concilio Vaticano II hasta el año 2007, dejando constancia de un cambio sustancial en las relaciones entre las Iglesias, aunque fuese un cambio que se dio muy lentamente. Con buen criterio, el autor califica estos cambios de mentalidad como de "llamada del Espíritu".

El capítulo quinto sigue el relato histórico del desarrollo del ecumenismo en España pero esta vez con la clave de las "Semanas de oración por la unidad". Con gran viveza de estilo y de detalles, el autor nos hace revivir aquellas primeras experiencias de los años cincuenta y sesenta que asombraban a propios y extraños. No era nada fácil romper el hielo para poder orar juntos, pero los protagonistas de estas aperturas eran conscientes de estar viviendo en verdad un momento histórico. El capítulo sexto recoge la historia desde otro punto de vista más institucional, el de la actividad ecuménica en las diócesis. Es claro que el autor no podía reseñar la historia de todas, por lo que elige las que le parecen más significativas. En el mismo sentido se expone la historia en el capítulo séptimo, relatando las actividades de diversas diócesis, desde los comienzos en los años del Concilio hasta la actualidad.

En el capítulo siguiente se cambia de panorama, y el relato dirige su mirada hacia las Iglesias orientales ortodoxas en España. Es muy interesante conocer cómo se implantaron en nuestro suelo griegos, rumanos, búlgaros, rusos, etc. Al principio en pocas parroquias, luego con un crecimiento desbordante con la inmigración de los años noventa del siglo pasado, hasta llegar al momento actual, en el que contamos con una presencia de alrededor de un millón de ortodoxos, muchas parroquias y dos diócesis (exarcados) de dos patriarcados ortodoxos de rito bizantino, el de Constantinopla y el de Rumanía.

El capítulo noveno se ocupa de reseñar el impacto que tuvo el Concilio Vaticano II en nuestra Iglesia española. Nuestros obispos no estaban preparados para las doctrinas que el Concilio proclamó, pero fieles a la Iglesia, y muchas veces contra sus más íntimas convicciones, fueron abriéndose a esta nueva dimensión del ser y actuar de la Iglesia que les ofrecía el Vaticano II. El capítulo pasa revista a las actividades de todos los obispos que han presidido el "Secretariado para las relaciones interconfesionales" de la Conferencia episcopal hasta hoy.

El décimo capítulo acude a otra perspectiva desde la que contemplar la historia: la de los delegados de ecumenismo y sus reacciones ante los acontecimientos ecuménicos de los últimos decenios. Otra parte del capítulo se ocupa de una de las instituciones más interesantes que creó el diálogo ecuménico en España: el "Comité Cristiano Interconfesional", en el cual, codo con codo, las Iglesias fueron luchando juntas por causas comunes, siendo las más favorecidas las Iglesias protestantes, al ser apoyadas por la Iglesia católica en sus justas reivindicaciones ante el Estado. El capítulo termina con una reseña de las actividades del CERI, Secretariado para el ecumenismo y el diálogo interreligioso de la Conferencia episcopal.

Notable es la información del capítulo once, al ocuparse de la historia y las actividades de los Centros ecuménicos, creados todos en el periodo que se estudia: la segunda mitad del siglo XX. Conocer los datos que aquí se aportan es esencial, pues sobre estos centros ha recaído y sigue recayendo la mayor parte del peso de actividades ecuménicas del país, y porque detrás de la fundación de estos centros se encuentran las personas más carismáticas del ecumenismo español. El capítulo siguiente continúa en esta línea para relatar las principales instituciones que han sostenido los más importantes acontecimientos ecuménicos de nuestra pequeña historia.

Por último, el capítulo trece vuelve al tiempo y el estilo narrativo del comienzo del libro, como si se tratase de encuadrar toda la obra a partir del recuerdo de personas y hechos que no pueden olvidarse, y que deben quedar en la memoria de generaciones futuras, para que el ecumenismo no se construya sobre la arena del subjetivismo, olvidando la historia concreta, las personas y las raíces. Allí se habla del influjo del P. Michalon, discípulo del abbé Couturier, de anécdotas de defensa de unos de otros, de las dificultades de los comienzos y de uno de los momentos culminantes de nuestra participación en el ecumenismo en nivel mundial, que fue la V Conferencia de "Fe y Constitución" en Santiago de Compostela en 1993.

Es claro que el autor es un apasionado del tema que ha tratado, y no lo oculta en ningún momento. Tal vez por eso sean excusables las críticas duras que dirige contra ciertas personas o instituciones que hoy están frenando el ecumenismo y deshaciendo lo construido

con tanto tesón, valentía y amor a la Iglesia en años pasados. Estimamos que con razón se duele de que en los últimos años haya una marcha atrás en el ámbito general del ecumenismo español, porque se trata de algo muy serio que tiene como trasfondo un retraso histórico. Retraso comprensible a la luz de la historia del cristianismo español desde la Reforma, pero menos comprensible en la actualidad, en que tanto el Vaticano II como la dirección de los Papas desde el Concilio no han hecho más que intensificar el camino que conduce hacia la unidad plena de los discípulos de Cristo. Un camino, no lo olvidemos, que Juan Pablo II, declaró sin tapujos como “irreversible” para la Iglesia católica en su Encíclica *Ut unum sint*, n. 3.

Hubiera sido de desear una última revisión de nombres y lugares, que son incorrectos varias veces, sobre todo nombres de personas y lugares en otros idiomas. Aún así, al leer estas páginas hay que recordar unas las palabras del epílogo, que dice Inmaculada González Villa: “se tiene la impresión de que si no se hubieran escrito, tendrían que escribirse”. A partir de ahora, no se podrá prescindir de esta importante obra para asomarse a nuestra historia eclesial en España, pero sobre todo para recordar que las relaciones ecuménicas y las instituciones que hoy tenemos han sido el fruto del coraje y la pasión de muchos cristianos de las diversas Iglesias en España que han creído en la oración de Jesús antes de su muerte: “que ellos sean uno en nosotros” (Jn 17, 21).

Prof. Fernando Rodríguez Garrapucho SCJ  
*Centro de Estudios Orientales y Ecuménicos Juan XXIII*  
*Universidad Pontificia de Salamanca*

WALTER KASPER, *Harvesting the fruits. Basic Aspects of Christian Faith in Ecumenical Dialogue*, Continuum, London – New York 2009, 207 pp., 20 x 13, ISBN 9781441162724.

El actual presidente del Pontificio Consejo para la promoción de la unidad de los cristianos nos ofrece en este volumen los frutos del diálogo ecuménico después del concilio Vaticano II, en concreto, a partir de 1968 hasta nuestros días. Además de la conversión mutua, la oración como «alma del ecumenismo» y del ecumenismo espiritual al que ha llamado el propio Kasper, se ocupa ahora en estas páginas de la vertiente teológica contenida en los distintos diálogos, sobre todo oficiales, entre la Iglesia católica y los anglicanos, luteranos, metodistas y reformados. Lo primero que llama por tanto la atención será la exclusión de los ortodoxos y de algunos grupos cismáticos más cercanos a la doctrina católica, pues las diferencias dogmáticas con ellos no resultan significativas.

«Con la finalidad de no olvidar el trabajo realizado en las últimas décadas –afirma Kasper en la introducción– y para recordar todo lo que se ha realizado, ha sido necesario efectuar un nuevo esfuerzo sin precedentes para cosechar los frutos de algunos de los diálogos de nuestros *partners* occidentales e identificar de este modo las cuestiones que quedan pendientes» (p. 2). Se pretende de esta manera invocar a Jesucristo como fin de toda actividad ecuménica, y a la Trinidad como fuente de toda unidad en la Iglesia. De hecho, el primer capítulo se ocupará de los dogmas trinitario y cristológico, en los que se aprecia un amplio consenso doctrinal en estos ámbitos básicos (cf. p. 28). No se renuncia sin embargo a una pormenorizada descripción de las afirmaciones contenidas en los documentos ecuménicos, sobre el Padre como «fuente de la historia de la salvación», Jesucristo como Señor y Salvador, y el Espíritu como «dador de vida».

El segundo capítulo (pp. 31-46) se ocupa de los contiguos conceptos de salvación, justificación y santificación. Como resulta lógico, se centrará sobre todo en la declaración conjunta sobre la justificación (1999), suscrita tanto por católicos como por luteranos y presbiterianos, al mismo tiempo que se relaciona con la santificación del cristiano, desarrollada de modo especial en la teología oriental, como justo y necesario contrapunto de la doctrina de la justificación. Quedan sin embargo algunas cuestiones pendientes, como la doctrina sobre las indulgencias, las diferentes comprensiones del *simul iustus et peccator*, o el lugar teológico de la penitencia o de la cooperación humana a la gracia. Es decir, dentro de un marco común, quedan todavía por resolver algunas cuestiones de detalle, significativas también tanto en la vida práctica como para las respectivas concepciones ética y antropológica.

El diálogo ecuménico en estas últimas décadas se ha ocupado también de las cuestiones eclesiológicas, como se puede apreciar de modo extenso en el capítulo tercero (cf. pp. 48-157). La longitud de este capítulo nos hace entender la centralidad de las cuestiones aquí estudiadas y discutidas, así como la necesidad de profundizar en la comprensión de la Iglesia (cf. pp. 199-200). Se afrontan pues aquí no solo la fundamentación trinitaria de la Iglesia entendida como comunión y constructora del reino de Dios en este mundo, sino también las difíciles cuestiones de la autoridad y del ministerio, con los consiguientes problemas: el ministerio ordenado, la interacción entre Iglesia universal e iglesias locales, la *episkopé* y el ministerio petrino. En definitiva, un completo recorrido por las cuestiones más difíciles en este diálogo ecuménico y teológico. Si en los primeros aspectos existe un acuerdo generalizado, en las cuestiones sobre la relación entre Escritura y tradición, la sacramentalidad de la Iglesia y en torno al *subsistit* (LG 8) y al *defectus ordinis* (UR 22) queda todavía un largo trecho por recorrer, sobre todo tras la admisión de mujeres en el ministerio en algunas de estas confesiones cristianas. A su vez, se

aprecia en estos textos ecuménicos la necesidad de un «ministerio universal de unidad» (cf. p. 150).

En fin, se analizan dos sacramentos esenciales para la edificación de la Iglesia: el bautismo y la eucaristía (pp. 159-195). Respecto al primero de ellos, existe un acuerdo común entre todas estas iglesias y comunidades eclesiales, lo cual ofrece un firme apoyo para una realista esperanza ecuménica. Al mismo tiempo, todas estas conversaciones y estudios han servido para descubrir la centralidad de la eucaristía en la Iglesia. Se aprecian las convergencias en la doctrina eucarística, sobre todo en lo que se refiere a la cuestión de la *anamnesis*. Por la parte católica, quedan en pie sin embargo la exigencia de la celebración por parte de un ministro ordenado, a la vez que su rechazo a la llamada «hospitalidad eucarística», también por motivos fundadamente teológicos y ecuménicos en definitiva. Todo este espectro ofrece un rico panorama que ayuda a discernir de verdad cómo se encuentran los diálogos ecuménicos. «Las preguntas que no han obtenido respuesta proyectan una sombra sobre los amplios resultados obtenidos a lo largo de cuarenta años. Ayudan a no ignorar u ocultar los problemas todavía no resueltos; el primer paso para resolver los problemas es localizarlos» (p. 206).

Prof. Dr. Pablo Blanco  
*Facultad de Teología*  
*Universidad de Navarra*